

C A S T I G O

Cuando amante,
recogías la tienda en el desierto
y colgando del pecho una luna de oro
llorabas en silencio tu destino.

Tatuaste los hombros
con fuego de estrellas;
doblaste tu cintura
como se forja un arco.

Cuando te creíste poeta,
partías con las primeras aves
y desnudo en las dunas
gemías por ignorados pájaros.

Lejos está todo. En aquel
conocimiento del amor,
una gota de rocío heló tus labios

Caíste, como los arcángeles
en la noche,
como cae una piedra sin ruido.

Mezclaste tu sueño
al sueño de los hombres,
y cubriste de hojas y tierra
tus imposibles besos.

Eduardo MOREIRAS